



S. REMIGIO, ARZOB.

## AÑO CRISTIANO

ó

## EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

OCTUBRE.

DIA PRIMERO.

SAN REMIGIO, ARZOBISPO DE REIMS.

San Remigio, ornamento del orden episcopal, uno de los mas santos y mas sabios prelados de su tiempo, y apóstol de Francia, fué de una de las mas ilustres familias de las Galias, mas distinguido por la santidad que parecia como hereditaria en su casa, que por el esplendor de su antiquísima nobleza, la que contaba ya muchos siglos de brillante antigüedad en todo aquel país. Fué hijo de Emilio, señor de Laon, y de santa Cilinia, cuya memoria celebra la Iglesia el dia 21 de octubre. Dos solos hijos les habia concedido el cielo, san Príncipe, que fué obispo de Soisons, y otro segundo, cuyo nombre se ignora, que fué padre de san Lupo, obispo y sucesor de su tio en la misma santa iglesia.

Ya nose consideraban Emilio y Cilinia en estado de esperar mas sucesion, cuando un santo hermitaño, llamado Montano, las anunció de parte de Dios que



tendrian otro tercer hijo, á quien debian poner el nombre de Remigio, el cual seria con el tiempo apóstol de la Francia. Tardó poco en verificar el suceso la profecía. Dentro de breves dias se sintió en cinta Cílinia, y á su tiempo dió á luz con toda felicidad en Laon aquel niño, que desde luego se calificó por hijo milagroso, y en el bautismo se le impuso el nombre de Remigio, como lo habia prevenido el santo hermitaño Montano. No quiso la bienaventurada madre que cuidase otra de aquel querido hijo. Crióle ella misma por algun tiempo, hasta que, no permitiéndosele hacer su avanzada edad, le buscó una ama como de su mano, tan virtuosa, que mereció la venerase y rindiese culto como á santa la iglesia de Reims.

Resueltos los padres de nuestro santo á no omitir diligencia alguna de su parte para contribuir á los altos designios que el cielo tenia sobre aquel niño, le hicieron educar con particular desvelo, tanto en el santo temor de Dios, como en el estudio de las letras. Abreviaron mucho los cuidados de la educacion las bendiciones con que el cielo le habia prevenido. Descubriéronse en el niño Remigio tan grandes talentos naturales y tan extraordinaria inclinacion á la virtud, que desde sus primeros años fué necesario moderar su aplicacion y contener su fervor dentro de los debidos limites. Con estas disposiciones hizo tan rápidos y tan asombrosos progresos asi en las ciencias humanas como en la ciencia de los santos, que á los diez y ocho años de su edad era admirado como portento de virtud, de elocuencia y de sabiduria. Solo él ignoraba sus talentos; insensible á los aplausos que le merecian las producciones de su ingenio, le parecia que solo tenia habilidad para encomendarse á Dios, y por eso tenia la oracion tanto atractivo para él, que empleaba en ella una gran parte del dia y de la noche, no siendo de su gusto alguno de los mas

inocentes entretenimientos de aquella edad. Era muy inclinado al retiro; por lo que, concluidos sus estudios, se encerró en el castillo de Laon, donde observándole mas de cerca su familia, estimó mas la edificación de sus ejemplos, que el esplendor con que la ilustraba su elocuencia y su sabiduria. Vivió retirado en el castillo hasta la edad de veinte y dos años, en cuyo tiempo quiso el cielo sacar á luz aquella brillante antorcha para colocarla sobre una de las primeras sillas de la iglesia de Francia.

Murió Bernardo, arzobispo de Reims, y no bien se pensó en nombrarle sucesor, cuando todos los sufragios del clero y del pueblo se unieron en favor de Remigio, sin haber que vencer mas que la resistencia de su humildad y las dificultades de su modestia. Dejó poco arbitrio á esta eleccion el superior concepto que se tenia de la pureza de sus costumbres, y la de aquella su rara capacidad, muy superior á sus años. No dejó él mismo de objetar la falta de estos, alegándola como impedimento canónico que hacia invalida la eleccion; pero los electores solo se pararon á pesar sus méritos sin pasar el tiempo en contar sus años. Como en ninguna de sus acciones le habian notado mozo, y como en toda su conducta habian observado siempre una madurez, un juicio, una gravedad, una circunspeccion y una prudencia que le hacian muy superior á la experiencia de los viejos, nada hubo que hacer en que la silla apostólica dispensase á su favor las ordinarias reglas de la Iglesia.

Conocióse muy presto que la virtud suple la edad con muchas ventajas. Ningun obispo honró mas la dignidad, y ninguno desempeñó mejor todas sus obligaciones. Persuadido á que, para ser poderoso en palabras, era menester serlo primero en obras, se dedicó á poseer todas aquellas virtudes que el apóstol san Pablo requiere en los pastores. Su pureza se



conservó toda la vida, no solo sin mancha, pero aun sin sombra de ella; su caridad nunca sufrió alteracion. Habiendo vendido su rico patrimonio y distribuido el producto entre los pobres, se consideró él mismo uno de ellos, á quien la iglesia de Reims mantenía de limosna, confiándole la administracion y la distribucion de sus rentas entre todos los necesitados. La afabilidad, la dulzura, la humildad y la modestia le hicieron dueño de los corazones de todos; y como el zelo correspondia á la eminencia de su santidad, experimentó luego los efectos todo el obispado. Era infatigable en los ejercicios de la caridad y en las funciones de su ministerio. No hubo choza que no visitase, ignorante que no instruyese, necesitado que no aliviase, ni afligido que no encontrase en él padre y consuelo. Nota san Gregorio Turonense que era tan eminente la santidad de su vida, y estaba tan generalmente conceptuada de todos, que era san Remigio tan venerado en Reims como san Silvestre en Roma. Fortunato nos le representa como el hombre mas sabio y como el prelado mas santo de su siglo; añadiendo que su doctrina, aunque adornada con lo mas exquisito que puede dar de suyo la erudicion y la elocuencia humana, mas era inspirada del cielo que adquirida en la tierra.

Queriendo Dios ilustrar todavia mas aquella elevada virtud, la autorizaba con milagros. En la visita de Chaumecey curó á un pobre ciego, que de cuando en cuando estaba poseido del demonio. En Cernay, con la señal de la cruz, llenó de vino un tonel vacío en reconocimiento de la caridad y del agasajo con que una buena mujer le habia hospedado en su casa. Ninguna cosa resistia á las oraciones y á la virtud del siervo de Dios. Apoderóse el fuego de un barrio de la ciudad de Reims, y amenazaba un incendio general á toda la ciudad; acudió allá el santo arzobispo,

hizo la señal de la cruz, y al punto todo se apagó enteramente. A la fama de san Remigio concurría á Reims todos los dias un prodigioso número de enfermos, y todos cobraban la salud por las oraciones del santo. Cierta mujer energúmena acudió á san Benito en su desierto de Sublago para que la librase de aquel trabajo, y el santo la remitió á san Remigio para que la sanase. Cuéntanse muchos muertos resucitados, y un prodigioso número de milagros obrados por aquel Taumaturgo de la Francia. Pero el milagro mayor del gran san Remigio fué la conversion del rey Clodoveo y de casi toda la nacion francesa.

Habia cinco años que reinaba Clodoveo entre los Franceses cuando, habiendo desbaratado á Siagrio, gobernador de las Galias y general del ejército romano, se apoderó de Soisons y de casi todas las conquistas de los Romanos. Dedicóse principalmente á merecerse el amor y la estimacion de los pueblos, ya casi todos cristianos, reprimiendo la licencia del soldado, castigando sus excesos, y prohibiendo sobre todo con graves penas que no se tocase en lo sagrado de los templos, lo que no contribuyó poco á ganarle el corazon de los nuevos vasallos. Un soldado, sin embargo, tuvo atrevimiento para hurtar de cierta iglesia de Reims un vaso sagrado de gran precio, y san Remigio despachó un clérigo al rey para recobrarle. Recibióle con grande humanidad Clodoveo, que ya tenia noticias del mérito y de la santidad del prelado; despidióle con mucho agrado, prometiéndole que se restituiria el vaso al arzobispo cuando se hiciese el repartimiento del botin, segun la costumbre de la nacion. Pidió el rey al soldado aquel vaso, pero este le respondió con insolencia que el rey debia contentarse con su parte; y colérico descargó con una hacha un gran golpe sobre el mismo vaso. Disimuló Clodoveo la falta de respeto, y se contentó



por entonces con tomar el vaso y enviársele al arzobispo; pero al año siguiente, haciendo la revista, reparó que estaban poco limpias las armas de aquel soldado, y abriéndole la cabeza por en medio, le dijo: *Acuérdate del vaso de Soisons.*

Seis años despues se casó Clodoveo con Clotilde, sobrina de Gondebaldo, rey de los Borgoñeses, princesa cristiana y muy virtuosa, que conservó la pureza de la religion en medio de una corte arriana, y por su virtud, raras prendas y hermosura se hizo dueña del corazon del rey, aprovechándose de este dominio, de manera que le acercó no poco á la religion cristiana.

Por los años de 494 salieron de sus tierras los Alemanes, pueblos belicosos, que aun no habian dado su nombre á aquel dilatado espacio de terreno, que se ve hoy tan poblado, y se echaron con impetu sobre los Franceses, cuya monarquía acababa de nacer, y por lo mismo era mas fácil hacerla titubear. Al principio se arrojaron sobre las tierras de Sigisberto, rey de Colonia. Parecióle á Clodoveo que los debia prevenir; y juntando prontamente sus tropas, acudió al frente de ellas á incorporarse con el ejército de Sigisberto. Encontraron al enemigo en Zule, entonces Tolbiac, en el ducado de Juliers. Llegaron inmediatamente á las manos los dos ejércitos. El choque fué terrible por el valor de las dos naciones; pero herido, Sigisberto se retiró de la batalla, y sus tropas comenzaron á retroceder, cuyo terror se comunicó muy en breve á las de Clodoveo. Parecia ya negocio desesperado por parte de los Franceses, cuando se acordó Clodoveo de la palabra que habia dado á la reina Clotilde, ofreciéndole que, si el Dios que ella adoraba le hacia volver victorioso de aquella expedicion, al punto se haria cristiano. Paróse de repente en medio de la funcion, levantó los ojos y

las manos al cielo, y hablando con el Dios á quien adoraba su virtuosa mujer, le dijo: *Señor, cuyo gran poder sobre todas las potencias de la tierra me han ponderado tantas veces, suponiéndomele tambien muy superior al poder de los dioses que yo adoro: dignaos darme una prueba de él en el extremo á que me veo reducido. Si me concedeis esta gracia, prometo hacerme bautizar cuanto mas antes para no reconocer otro Dios verdadero que á vos solo.* Luego que pronunció estas palabras, reconoció en su corazon un nuevo aliento comunicado por el Dios que acababa de invocar, y observando el mismo ardor en los que estaban cerca de su persona, los volvió á ordenar: *marcha con ellos á un grueso de enemigos que venia á envolverlos, cárgalos, rómpelos, deshácelos, y queda tendido en el campo el rey de los Alemanes.* Consiguió Clodoveo una completa victoria, y tan completa, que ninguna lo fué mas, ni en otra alguna se ostentó mas el Dios de los cristianos como Dios de los ejércitos. Asegurado el rey de la asistencia del cielo, pasa el Rin, vadea el Mein, disipa el resto de enemigos que encontró formados, y los llevó delante de sí, batiéndolos siempre hasta los Alpes.

No teniendo ya enemigos Clodoveo, volvió victorioso á su reino para cumplir la palabra que habia dado al verdadero Dios. Ninguna noticia causó nunca mayor gozo á la virtuosa reina Clotilde. Salióle á recibir desde Soisons hasta Reims, y rogó á san Remigio que perfeccionase con sus instrucciones y con sus exhortaciones la grande obra de la conversion del rey, que el cielo tan dichosamente habia comenzado. No era desconocido el arzobispo á Clodoveo; tenia este grandes noticias de su santidad, y estaba bien informado de su mérito. Luego que el rey llegó á Reims, se hizo catecúmeno de Remigio, y la buena



disposicion del monarca ahorró mucho tiempo á las instrucciones del arzobispo. Hallóse presto capaz de recibir el bautismo Clodoveo; pero quiso, por seguir el consejo del santo obispo, que todos sus vasallos le recibiesen con él. Juntó, pues, á sus oficiales y soldados; trájoselos á la memoria los milagrosos sucesos de la jornada de Tolbiac; declaróles su resolucion de abrazar la religion cristiana, y los exhortó con elocuencia noble, majestuosa y patética á que imitasen su ejemplo. Al punto resonaron por todas partes alegres aclamaciones y gritos, oyéndose una voz general que decia como de comun concierto: *Todos renunciamos el culto de los dioses mortales, y solo queremos adorar al inmortal. No reconocemos otro Dios que el que nos predica el santo obispo Remigio.* Entonces desplegó el santo todas las banderas de su apostólico zelo. Son indecibles los trabajos, las fatigas y los desvelos que le costó recoger tan rica y tan copiosa miés, siendo preciso para eso instruir antes á toda aquella numerosisima nacion.

Señalado el dia en que el rey habia de recibir el bautismo, se escogió para esta augusta ceremonia la iglesia de San Martin, extramuros de la ciudad de Reims. Adornóse magnificamente no solo la misma iglesia, sino todas las calles que conducian á ella. Tendieronse y se colgaron de ricas alfombras y tapicería, todas blancas, para significar el efecto que causaba en el alma el sacramento. Las hachas y las velas que ardan en gran número estaban confeccionadas con exquisitas esencias, las cuales se exhalaban juntamente con la llama, y mezclándose á los aromas, bálsamos y otras esencias de que estaba llena la iglesia, derramaban en todo el ambiente una suavísima fragancia. El dia de esta memorable ceremonia fué el mismo de Navidad del año 496. Dejóse ver el rey con

toda la real familia al frente de mas de tres mil hombres escogidos de la corte y el ejército, entre los innumerables que habian pedido el bautismo.

Avanzóse el rey con ropaje blanco con tres mil catecúmenos vestidos del mismo color á las pilas bautismales, donde encontró á san Remigio, acompañado de los ministros de la Iglesia, en hábitos de ceremonia, y de muchos otros obispos de las Galias. Recibióle el santo prelado con un elocuente discurso, en que, manifestándole su gozo y el de todos los pueblos que acababa de sujetar á la dominacion de los Franceses, le significaba al mismo tiempo la jurisdiccion espiritual que le comunicaba sobre él la autoridad de pastor, cuando le recibia en el número de sus ovejas. En este tono de autoridad, sostenido mas por la santidad de su vida que por la sagrada elevacion de su carácter, le añadió, cuando estaba para bautizarle, estas palabras: *Príncipe, rinde tu cerviz, y humíllate bajo la mano omnipotente del dueño del universo; respeta ahora aquellos templos suyos que en otros tiempos reducias á ceniza; arroja al fuego esos idolos que por tantos años adoraste.* Inmediatamente renunció el rey todas las supersticiones gentílicas, confesando públicamente á un solo Dios todopoderoso en tres personas distintas, y á Jesucristo nuestro Redentor, con todas las demás verdades de la religion cristiana. Después de bautizado el rey, administró san Remigio el sacramento del bautismo á mas de tres mil personas, y entre ellas á Lantilde y Albofleda, hermanas de Clodoveo. La última poco despues se consagró á Dios renunciando el matrimonio para vivir en perpetua virginidad; efecto de las instrucciones y de la direccion del santo arzobispo.

Asegúrase que el cielo acreditó con muchas maravillas el gozo que le tocaba en la conversion del pri-



mer rey cristiano\*, y llamado por lo mismo *el hijo primogénito de la Iglesia*, porque, no habiendo podido penetrar por el inmenso gentío el clérigo que llevaba el sagrado crisma, suplicó san Remigio al Señor se dignase remediar aquella falta, y al punto se dejó ver una blanquísima paloma con una ampolla en el pico llena de un bálsamo milagroso, que, revoloteando blandamente, la puso en manos del arzobispo, el que la tomó con humilde acción de gracias, sirvióse de aquel oleo celestial para la ceremonia del bautismo, y después de ella con el mismo ungió y consagró al rey. Esta redoma, bajada del cielo, es la que con el nombre de *la santa Ampolla* se guarda con tanta veneración en la abadía de San Remigio de Reims, y con aquel milagroso oleo se consagran aun el día de hoy todos los reyes de Francia. Hincmaro, arzobispo de Reims, que vivió en tiempo de Carlos el Calvo por los años de 850; Flodoardo, que floreció en el siglo décimo; Aimoino, que vivía á principio del undécimo; Gerson, Gaguino y otros antiguos historiadores aseguran que aquel celestial bálsamo llenó de fragancia toda la iglesia. También se cuenta que el escudo sembrado de flores de lis y el oriflama fueron entregados por un ángel en manos de cierto ermitaño que habitaba el desierto de Joyenval, y que á Clodoveo se le comunicó la gracia de curar los lamparones, de la que hizo la primera prueba en su favorecido Lanicet, cuya gracia se ha continuado después en todos los reyes de Francia.

Concluida aquella augusta ceremonia, Remigio, á quien el rey respetó desde allí adelante como á padre suyo, se dedicó enteramente á la conversión de toda

\* Se entiende en Francia, que en otras partes había ya habido muchos reyes cristianos.

la nación, sirviéndose del favor del príncipe única y precisamente para aumentar cada día nuevas conquistas á Jesucristo, y para hacer que floreciese en el reino la disciplina eclesiástica. Habiendo regalado al rey el emperador Anastasio una rica corona de oro. le persuadió nuestro santo que la remitiese á Roma. Recibió el papa Hormisdas el regalo con el gozo y con el reconocimiento que correspondía á tan ilustre como ruidosa conversión; y sabiendo muy bien que, después de Dios, se le debía la Iglesia á san Remigio, le hizo legado de la santa sede en el reino de Francia. Hallóse nuestro santo en el primer concilio de Orleans; y habiendo concurrido á él un obispo arriano sin otro fin que el de disputar y confundir á los católicos, no se dignó el orgulloso prelado ni de mirar siquiera á san Remigio cuando entró donde estaban los demás. En el acto mismo, castigó el cielo su orgullo, porque quedó mudo de repente. Reconoció al mismo tiempo su soberbia y sus errores; postróse á los pies del santo manifestando por señas su arrepentimiento; y habiendo abjurado aquellos, le restituyó san Remigio el uso de la lengua.

Anticipóle el Señor la noticia de que había de castigar los pecados del pueblo con una hambre cruel, y el santo acopió gran cantidad de granos para socorrer las necesidades públicas. Maliciaron los paisanos que era codicia lo que era caridad, y con maligna intención pusieron fuego á la panera. Noticioso san Remigio acudió prontamente á apagarle; pero viendo ya todo consumido y sin remedio, dijo con gracia, con frescura, y sonriéndose: El fuego en todos tiempos es bueno; calentémonos á él ya que no se puede sacar otro provecho, y se puso á calentar con el mayor sosiego.

Quiso el Señor purificar su virtud con dolorosas enfermedades los últimos años de su vida; pero las en-



fermedades no alteraron su dulzura ni su invencible paciencia Tuvo revelacion del dia de su muerte, y se dispuso para ella redoblando sus penitencias y encendiendo mas su fervor. Celmado, en fin, de merecimientos, y consumido de trabajos, rindió tranquilamente su espiritu en manos de su Dios el dia 13 de enero del año 533, casi á los noventa y seis de su edad, y á los setenta y cinco de su pontificado, que todo él fué una continuada serie de prodigios. Resolvióse dar sepultura al santo cuerpo en la iglesia de San Timoteo; pero se quedó inmóvil á la mitad del camino: quisieron enterrarle en la de San Nreasio, y despues en la de San Sixto; pero todo inútilmente. Ocurrióles, en fin, el pensamiento de llevarle á la de San Cristóbal, donde no habia cuerpo santo, y luego se dejó mover el santo cuerpo. Hicieron glorioso su sepulcro los prodigios y frecuentes milagros que obró Dios en él, y de todas partes concurría la devocion á venerarle. San Gregorio Turonense, que murió en el mismo siglo que san Remigio, asegura que por esta misma multitud de milagros se movió el clero á elevar el santo cuerpo, y á colocarle en sitio mas decente detrás del altar; y porque esta traslacion se hizo con majestuosa pompa el dia primero de octubre, se comenzó desde entonces á celebrar su fiesta en esta die. Asi permaneció el santo cuerpo hasta el noveno siglo, en que el arzobispo Hincmaro le elevó por la segunda vez para colocarle en lugar aun mas digno que el primero. Dió mayor extension á la iglesia; edificó una nueva capilla subterránea, que enriqueció con muchos adornos; depositó en una urna de plata el cuerpo del santo, que se halló todo entero, y envuelto en un tafetan carmesí, y puso la urna sobre el sepulcro de mármol que se le habia fabricado en la primera traslacion de primero de octubre, celebrándose en el mismo dia la segunda. El año de 901 se hizo la tercera por el arzobispo Her-

veo, llevándose el cuerpo al monasterio de San Remigio edificado sobre las ruinas de la pequeña iglesia de San Cristóbal. En fin, el año de 1049, hallándose el papa Leon IX en la ciudad de Reims, donde celebró un concilio, y ofreciéndose por entonces la dedicacion de la iglesia nueva del monasterio de san Remigio, aprovechó esta ocasion para trasladar á ella el cuerpo del santo, que se halló entero á los quinientos diez y seis años despues de su muerte. Esta última traslacion se celebró tambien con magnifico aparato el dia primero de octubre, y el papa fijó en él la fiesta de san Remigio.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Reims de Francia, san Remigio, obispo y confesor, quien convirtió á Jesucristo la nacion de los Francos bautizando é iniciando en los misterios de la fe al rey Clodoveo; y, despues de haber pasado muchos años en el episcopado, murió ilustre en santidad y en don de milagros el dia 13 de enero. Con todo, celébrase su fiesta hoy, en cuyo dia se hizo despues la traslacion de su santo cuerpo.

En Roma, san Aretas, mártir, y otros quinientos cuatro.

En Tomes en el Ponto, san Priseo, san Crescente y san Evagro, mártires.

En Lisboa de Portugal, san Verísimo, santa Máxima y santa Julia, los tres hermanos, mártires, que padecieron en la persecucion de Diocleciano.

En Tournay, san Piat, presbítero y mártir, quien de Roma pasó á la Galia con san Quentin y sus compañeros para predicar el Evangelio, mereciendo la corona del martirio en la persecucion de Maximiano.

En Gante, san Bavon, confesor.

En Orvieta, san Severo, presbítero y confesor.

En Bar del rio Sena en la diócesis de Langres, santa



Germana, virgen, que fué martirizada por los Vándalos.

En Troenes cerca de la Ferté Milon, san Vulgis, confesor.

En Ferrieres en Gatinais, santa Montana, abadesa.

En la diócesis de Nantes, san Benito de Macerac, abad.

En Siria, el natalicio de san Ananias, aquel que con la imposición de manos curó á san Pablo de su ceguera.

En este mismo dia, el tránsito de santa Lorenza, venerada en Ancona, desterrada por la fe con santa Palaciata, en virtud de sentencia del juez Dion, bajo Diocleciano.

En Beryte de Fenicia, san Roman el Sinfonista, diácono.

En Portugal, santa Godina.

En Morerueta de España, san Froilan, obispo de Leon en la misma nacion.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:*

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Remigii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Remigio nos aumente la virtud y el deseo de nuestra eterna salvacion. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est re-

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la

conciatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam iam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso, el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Habla aquí el Eclesiástico del sacerdote Aaron; pero el sacerdocio de Aaron solo fué figura del sacerdocio de Cristo, en el cual se cumplió literalmente lo que aquí se dice, que durará tanto como el cielo; porque el sacerdocio legal ha mucho tiempo que quedó derogado. »

REFLEXIONES.

*No se ha encontrado hombre alguno semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo; por eso le hizo Dios crecer en medio de su pueblo. ¡Oh, y qué corto es el número de los fieles siervos de Dios! Hagamos juicio de esto por el número de los que observan su ley con fervor, con puntualidad y con zelo. ¿Es por ventura*